

ser tenido más en cuenta, en lugar de quedar semioculto a la sombra del autor secundario. El dar este hecho fundamental de la inspiración divina como supuesto, lleva a menudo a dejarlo pospuesto, cuando no trapuesto.

Respecto a Jer. 50 y 51 sostiene que no fueron escritos por el mismo autor (cfr. p. 165). Las pruebas aducidas no resultan convincentes, y el mismo autor se retracta en cierto modo cuando reconoce "in linea di principio l'autenticità al meno parziale di queste profezie, come derivanti da Geremia" (p. 183).

En cuanto a las variantes del texto, dice el autor que son "leggermente divergenti dal testo ricevuto (T M)" (p. 223). Parece, en cambio, contradecirse al hablar de "una valutazione nuova delle varianti" (p. 231), quedando así en el aire la duda sobre la integridad sustancial del texto sacro.

Al hablar de la historia de la transmisión del texto del Ps. 132 estudia las "diferenti tradizioni protomasoretica, del Cronista, qumranica, dei traduttori greci..." (p. 9), dejando al margen las versiones latinas que, debido a su prolongada historia en el cristianismo, aportan sin duda un valor inestimable a la hora de estudiar la transmisión del texto. Es cierto que a pesar de silenciar a la Vulgata, se refiere a ella cuando recurre a la traducción de S. Jerónimo a 2 Cron. 6, 42 (cfr. p. 18). También en el estudio del Ps. 22 recurre al Salterio latino, aunque parificándolo sin más a los LXX y al Targum. Por otra parte, creo que el medir las diferentes versiones, sean originales o no, con el mismo rasero se presta a cierto equivoco y ambigüedad.

Hechas estas salvedades, el libro, aunque de valor desigual en sus diversos capítulos, resulta interesante para un mejor conocimiento de los temas tratados.

Antonio GARCÍA-MORENO

Bernard REY, *De la fe en Yahvéh a la fe en la Trinidad*, Madrid, Edic. Fax. ("Actualidad Bíblica Brevior"), 1973, 164 pp., 12 x 18.

Este libro es una traducción castellana de la obra del A. publicada en francés con el título "A la découverte de Dieu" el año 1972.

En la Introducción plantea el A. el problema de la aceptación del dogma trinitario por parte de algunos creyentes.

La raíz de esta dificultad está en que ese dogma se presenta a veces sin un claro "sabor evangélico ... Por eso se fijará nuestra atención en el Nuevo Testamento, lugar privilegiado para descubrir, merced a los testimonios de la primitiva Iglesia, el nacimiento de la fe trinitaria en sus empeños vitales: lejos de ser una superestructura tardíamente añadida al dato revelado, es expresión de lo que constituye su cogollo: el misterio pascual" (p. 6). Así: "Reflexionar sobre los orígenes y sobre el desarrollo de la fe en Dios Trinidad, es pues situarse en el centro del mensaje pascual, a fin de ver saltar de él la riqueza de la fe que poco a poco se fue desplegando en expresiones que designan a Jesús como Hijo único del Padre, y al Espíritu Santo como Dios también que obra en el corazón de la comunidad de los bautizados" (p. 8).

Esto supuesto nos da el A. un panorama de todo el libro con estas palabras: "Nuestra primera reflexión será pues sobre la fe en Jesús 'levantado a la diestra de Dios', y recaerá sobre la primera predicación apostólica, de la que San Lucas nos ha dejado como un eco en los comienzos de los Hechos de los Apóstoles. Claro que en su forma actual estos 'discursos' son composiciones tardías, pero habitualmente se reconoce que algunas de las fuentes utilizadas son contemporáneas de las más antiguas catequesis cristianas (capítulo I). Al final de este análisis nos solicitará una doble tarea. Sabiendo que los Apóstoles son judíos fervientes que creen en Dios único, convendrá investigar los caminos que progresivamente les llevaron a expresar su fe en Jesús resucitado, con términos que hablan de él como del Hijo y del Verbo de Dios (capítulo II). Después, por un proceso análogo, intentaremos percibir cómo fueron conducidos a precisar su fe en el Espíritu Santo (capítulo III). Y ya estaremos entonces en el umbral de la teología trinitaria, porque habremos dejado el núcleo de la revelación de Dios como Padre, Hijo y Espíritu Santo (capítulo IV)" (p. 9). Además de estos cuatro capítulos, presenta el A. una "selección de lecturas" relacionadas con el tema estudiado. Ya en las primeras páginas del libro se advierte un cierto confusionismo respecto al carácter inspirado de los libros sagrados, pareciendo negar en algún momento la revelación divina y expresándose en una terminología de sabor modernista. Más adelante, en la lectura del libro, se confirma esta primera impresión, como veremos en algunos casos concretos.

A lo largo de la exposición esboza el A. algunas cuestiones que son dignas de destacar. Así afirma que el N. T. marca el desarrollo y término del A. T., puesto que "para los primeros cristianos, la reflexión sobre el ministerio, la muerte y glorificación de Jesús, es inseparable de la reflexión sobre el designio de Dios tal como lo presenta el Antiguo Testamento. La fe cristiana no está en línea con la fe de Israel, sino que marca su desarrollo y su término. Con relación al Antiguo Testamento, sin embargo, un elemento nuevo ha de destacarse: mientras que bajo la antigua alianza la historia de la salvación permanecería abierta a un porvenir dejado a la libertad y omnipotencia de Dios, de allí en adelante los hombres quedan situados de renovada manera frente a su porvenir, porque merced a la resurrección ese porvenir ha llegado en parte a hacerse realidad: en la presencia de Jesús glorificado 'llega la plenitud de los tiempos' (Ga 4, 4): el Mesías anunciado ha venido, y exaltado más allá de la muerte ha cumplido su misión por el don del Espíritu..." (p. 18-19). Desde ese momento, el A. T. ha cerrado sus páginas, para dar paso a la etapa definitiva en el N. T.

Para subrayar el mesianismo trascendente de Jesús y el carácter sobrenatural de su misión nos dice el A.: "En Palestina, en la época de Jesús, la ocupación romana reforzaba el sentimiento de unidad nacional y atizaba las esperanzas escatológicas. El pueblo aspiraba a una emancipación política, no faltaban los agitadores ni los fanáticos de que nos habla el Evangelio y que eran los miembros de un partido judío de la resistencia. Se comprende, en esas condiciones, que Jesús debió luchar contra los que no querían ver en El más que un caudillo nacionalista que restauraría al mismo tiempo los derechos de la ley divina y la independencia nacional" (p. 20). Aunque resulta equívoco afirmar que la Resurrección no es un milagro, destaca la importancia de la Resurrección de Jesús: "No se trata de un milagro, ni siquiera del mayor de los milagros. En Jesús se cumplieron la revelación y el designio de Dios; en la Pascua los últimos tiempos comienzan, y ha sonado la hora del juicio universal. Esta realidad inefable es el centro de la fe de los Apóstoles, y ya se nos va presentando cómo intentarán situarse poco a poco en relación a ese acontecimiento capital de la historia de la salvación... En fin, la resurrección de Jesús aparecía a los primeros cristianos como lo que fundamenta su propia comunidad. Cristo está vivo, y

ya hace participar a los suyos del Espíritu de Dios que él mismo ha prometido" (p. 23).

En ocasiones, sin embargo, el lenguaje del A. resulta, como dijimos antes, ambiguo o impreciso. Así cuando habla de los teólogos de la comunidad primitiva, se está refiriendo en realidad a algunos hagiógrafos que, al ser autores inspirados por el Espíritu Santo, son algo más que meros teólogos (cfr. p. 9-10). Tampoco se puede dar como algo incontrovertible el carácter tardío de los discursos del Libro de los Hechos, y no explicar en qué consiste ese carácter tardío (cfr. p. 9). Hablar de este modo puede inducir a un cierto confucionismo sobre la fecha de composición de esos discursos, menguar su valor histórico, y poner en tela de juicio la autenticidad del Libro de las Hechos.

Al hablar de la visión que tuvieron los discípulos de la Pasión y Muerte de Cristo, afirma que los primeros cristianos veían una explicación del hecho en Sab 2, 5, más que en la figura del Siervo de Yahvé cantado por Isaías que sólo al final se relacionaría con la Pasión de Cristo (p. 31). En primer lugar hay que decir que esta cita debe estar mal transcrita, y que el A. se refiere a Sab 3, 1-5. Por otra parte, no parece posible relegar de esa forma los cantos del Siervo paciente de Yahvé. Así Mt 12, 18-21 no se refiere propiamente a la pasión del Señor y, sin embargo, lo relaciona con el Siervo en Is 42, 1-4. También en Act 8, 32-35 se nos habla de cómo el diácono Felipe evangeliza al eunuco de la reina de Candace partiendo precisamente de la figura del Siervo de Yahvé (Is 53, 7-8).

Habla de que Dios al crear actúa como una persona que impulsada por el amor crea el universo. Lo cual es cierto, pero no contradice, como insinúa el A., al hecho de que "para la mayor parte de los creyentes de hoy, la creación evoca el acto de Dios que ha hecho surgir los seres de la nada" (p. 68). Al fin y al cabo, Dios sólo se mueve por motivos personales, ya que nada fuera de El puede en realidad determinarlo a obrar.

No se entiende bien qué quiere decir cuando habla de una "lectura historicista de los primeros capítulos de los Hechos de los Apóstoles", ni se puede aceptar que "esta perspectiva que podemos ver en el propio Lucas, no es exacta..." (p. 91). Hablar de inexactitud en este caso es inadmisibles y admitir la posibilidad de error en la Biblia. Hemos de afirmar que la perspectiva de S. Lucas es la misma que la de Dios, autor

principal. Tampoco es admisible el decir que San Juan coloca la Ascensión del Señor en un momento distinto, identificando la subida al Padre de que habla Jesús a la Magdalena (Jn 20, 17) con la Ascensión a los cielos que narran Mc 16, 19; Lc 24, 51 y Act 1, 9. Ni se puede hablar de que San Juan adelanta la comunicación del Espíritu pentecostal, como si se tratara de lo mismo en Jn 20, 22 y Act 2, 4 (cfr. p. 91-92). Creo que es necesario un mayor rigor en el lenguaje, una más clara precisión terminológica, que evite confusiones y ambigüedades, cuando no errores evidentes.

Otro aspecto que aparece como negativo es el menosprecio que hace en varias ocasiones (p. 5-6, 414, 143) de la teología especulativa, particularmente de la Escolástica. Aparte de que es injusto y peligroso para la fe actuar de ese modo, no es necesario despreciar la teología anterior o silenciar la patristica, para destacar los datos meramente bíblicos. Antes bien, es preciso tener en cuenta esa teología escolástica, y sobre todo a los Santos Padres, para destacar y entender, como es debido, esos datos bíblicos, si queremos entenderlos "in sinu Ecclesiae", el único modo válido y adecuado de comprender la palabra de Dios.

No obstante, la conclusión del A. me parece digna de mencionar: "creer en la Trinidad de Dios, es dar a nuestra existencia la figura del amor, hacer de ella el lugar de comunicación con el Padre y el Hijo en el Espíritu Santo; es anticipar el porvenir viviendo desde hoy en la oscuridad de la fe, lo que será en la maravilla de la gloria y en la alegría de una humanidad para siempre fraterna, la coparticipación de la comunidad de Dios" (p. 158).

El libro en conjunto aporta algunos datos interesantes desde el punto de vista exegético, pero hay que tener en cuenta las, no poco graves, salvedades hechas. Por otra parte el título castellano, más ambicioso y menos exacto que el original francés, defrauda al lector.

Antonio GARCÍA-MORENO

André NEHER, *La esencia del profetismo*, Salamanca, Edic. Sígueme, ("Biblioteca de Estudios Bíblicos"), 1975, 303 págs.

La primera edición del original francés fue publicada en 1955. La presente traducción está hecha sobre la segunda edi-